

El Mentalizar Desde La Perspectiva Psicoanalítica: ¿Qué Es Lo Novedoso?

Jeremy Holmes

Reseña del capítulo

Holmes, J. (2006). *Mentalizing from a Psychoanalytic Perspective: What's New?* En Allen, J. & Fonagy, P. (2006). *Handbook of Mentalization-Based Treatment*. UK: John Wiley

Por Carla Svigilsky

¿Es el concepto de mentalización un constructo psicoanalítico?

La pregunta que Holmes plantea dice relación con la popularidad que ha tenido el término desde su nacimiento y lo controversial de las discusiones que ha generado. Inicialmente concebido con el objeto de auxiliar en la comprensión y el tratamiento del desorden límite de personalidad, el concepto de mentalización se ha convertido rápidamente en un comodín utilizado por diversas corrientes psicoterapéuticas.

El capítulo es recomendable tanto para iniciados como para quienes ya manejan la noción de mentalización. Siendo una de las secciones iniciales del libro, de una manera simple y clara el autor muestra la trayectoria del concepto comenzando con una breve definición, la cual es desglosada desde su origen, atribuido a lo 'mental' como algo relativo a la 'mente'. La definición dada por Bateman y Fonagy la caracteriza como "*el proceso mental por el cual un individuo interpreta o atribuye significado, implícita y explícitamente, a acciones propias y de otros, en el sentido de estados mentales intencionales, tales como deseos, necesidades, sentimientos, creencias y razones*" (2004, p.21).

En un agregado original al texto el autor expone, a través de tres viñetas no clínicas, la mentalización expresada en lo cotidiano,

mostrando su aspecto interpersonal y su relación con el apego seguro y la psicopatología, vinculándose incluso con los fenómenos contratransferenciales. Así mismo, destaca el hecho de ser un proceso gradual.

Holmes comienza la profundización del tema ilustrando los orígenes teóricos del concepto de mentalización: la psicología cognitiva; la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales; el psicoanálisis francés; y, la psicopatología del desarrollo influenciada por la teoría del apego. Aunque distintas, estas perspectivas convergen en un solo constructo, desde el cual abordan fenómenos clínicos diferentes.

En cuanto a la primera de las corrientes, el autor destaca la teoría de la mente planteada por la perspectiva cognitivista como una capacidad que se desarrolla durante la infancia y que permite interactuar en el mundo social. Con este logro se daría paso a la mentalización, la noción de que es posible ver el mundo a través de otras perspectivas. Esta conceptualización permite explicar las dificultades experimentadas por quienes sufren de autismo como la imposibilidad de considerar a otros como seres con mente propia y motivaciones personales. Así, las personas se convierten en cosas sin intención y deseo, lo que hace el mundo impredecible e inexplicable, produciendo el retraimiento defensivo autista.



Un acercamiento interesante a la vinculación del constructo con la mirada psicoanalítica es la teoría del origen del pensamiento de Bion, la cual sienta un precedente en la comprensión de la habilidad de mentalizar. Ésta sería facilitada por la función alfa, la capacidad de pensar por medio de la cual los elementos beta son transformados en elementos alfa, dejándolos disponibles para ser mentalizados (pensados). En este sentido, la capacidad de pensar o imaginar nace desde la ausencia del objeto, por la necesidad de acabar con la frustración y de proyectarla al exterior. De esta manera la ausencia de contención maternal sería el preludeo a la psicopatología, la cual se instala por déficit en la capacidad de mentalización debida a una excesiva identificación proyectiva.

El psicoanálisis francés aborda el fenómeno de la mentalización desde mucho antes, y lo hace a partir de la idea de que el pensamiento es generado gracias a la ligadura de las pulsiones. Esta idea permite teorizar los fenómenos somáticos, definidos en términos de pensamiento operatorio. La mentalización es propuesta como la antítesis del mencionado concepto y permitiría transformar las pulsiones en emociones, representarlas y significarlas.

Por otro lado, el uso inglés del término reduce su significado y acota su aplicación, destacando los procesos interaccionales de los primeros años de vida, desde los cuales surge la capacidad para distinguir realidad de fantasía. Así, se plantea que la capacidad para mentalizar es protectora respecto del daño psicológico que causa la privación infantil. Quienes sufren de desorden de personalidad límite pudieron haber experimentado situaciones que comprometieron la capacidad para mentalizar, situaciones que se constituyen como un factor de vulnerabilidad.

Las ejemplificaciones terapéuticas que siguen a continuación ilustran la utilidad del

concepto en la práctica clínica, mostrando su impacto tanto en la comprensión casuística como en las intervenciones, las cuales se orientan a la promoción de la mentalización y la reflexión sobre la experiencia afectiva. Resulta curioso que a pesar de anunciarse tres viñetas solo se entregan dos.

El capítulo se torna a continuación más analítico, iniciando comparaciones y contrastaciones entre las visiones previamente expuestas, abogando además por la propuesta de Fonagy y colegas, como una alternativa con mayor impacto a pesar de centrarse en un aspecto específico y acotado del pensamiento.

Señala Holmes, al comparar la noción de mentalización de Fonagy con las formulaciones de Bion, la posibilidad de apreciar similitudes y significativas diferencias. En primer lugar, los autores coinciden en la relevancia que tiene la madre en el logro de la capacidad de pensar del infante. La noción de regulación afectiva resulta clave en ambos modelos, además de estar emparentada con el rol materno. Ligando estos supuestos, Holmes identifica un vínculo claro con el desorden de personalidad límite: fallas en el autocontrol y disturbios afectivos serían una característica crucial para el diagnóstico de esta condición.

Sin embargo, el énfasis que cada uno de ellos hace sobre los determinantes de salud o psicopatología es disímil. Bajo la mirada de Bion el rol de la madre es relativamente pasivo, siendo el niño el instigador en un espacio que carece de interacciones mutuamente mentalizantes entre ellos. En el modelo de Fonagy es al contrario, se postula a una madre mentalizante y activa, promoviendo un intercambio entre dos subjetividades.

Por otro lado, la teoría de la función alfa/continente de Bion no permite pensar en los elementos beta en un contexto no psi-



cótico, siendo que bajo la perspectiva de Fonagy aquello no mentalizado no implica un impedimento tan severo.

La sección final del capítulo expone algunos argumentos en contra de esta perspectiva, señalando que algunos psicoanalistas la consideran incapaz de promover cambio psíquico, además de ser colusiva y anti-analítica. No obstante, Fonagy y Bateman afirman que la incapacidad para mentalizar es un déficit que impide que las interpretaciones y reconstrucciones sean efectivas.

La consideración de mentalización como sinónimo de insight es otra de las objeciones efectuadas contra el constructo. Sin embargo, el autor es hábil al diferenciarlos, enfatizando el carácter funcional del primero, en contraposición a la mera alusión de auto comprensión que implica el segundo. De esta manera, el diseño del modelo de intervención psicoterapéutica busca establecer la capacidad reflexiva necesaria para el logro del insight.

Finalmente, Holmes vaticina el auge de las perspectivas integrativas, considerándolas psicoterapéuticamente valiosas y rechazando así la crítica realizada hacia la tendencia cognitivista de la noción de mentalización.

El capítulo entrega una grata lectura e integra teoría y clínica de una manera amena, sin olvidar aludir a la cotidianeidad del concepto. Holmes logra con claridad los objetivos por él planteados, en cuanto a abarcar definición, fenomenología, raíces intelectuales y aplicaciones clínicas de la mentalización. Por ello resulta una buena lectura trampolín para adentrarse en especificaciones más técnicas, aunque se recomienda abstenerse a los puristas del psicoanálisis.

A título personal, lo interesante de la propuesta de la mentalización radica en el carácter de la misma, ya que como proceso otorga flexibilidad y oportunidades de cambio concreto, sin olvidar tampoco que su operacionalización ha sido de gran aporte en el campo de la investigación. Independiente de su inclusión al marco psicoanalítico, considero que realmente agrega valor y se erige como una fuente legítima para la construcción de recursos clínicos.

Quedará en manos de los lectores decidir si tanto el concepto como el marco teórico que lo respalda cumplen con los ambiciosos deseos del autor respecto al virtuosismo exigido por Bion respecto a su capacidad para abordar múltiples contingencias.

